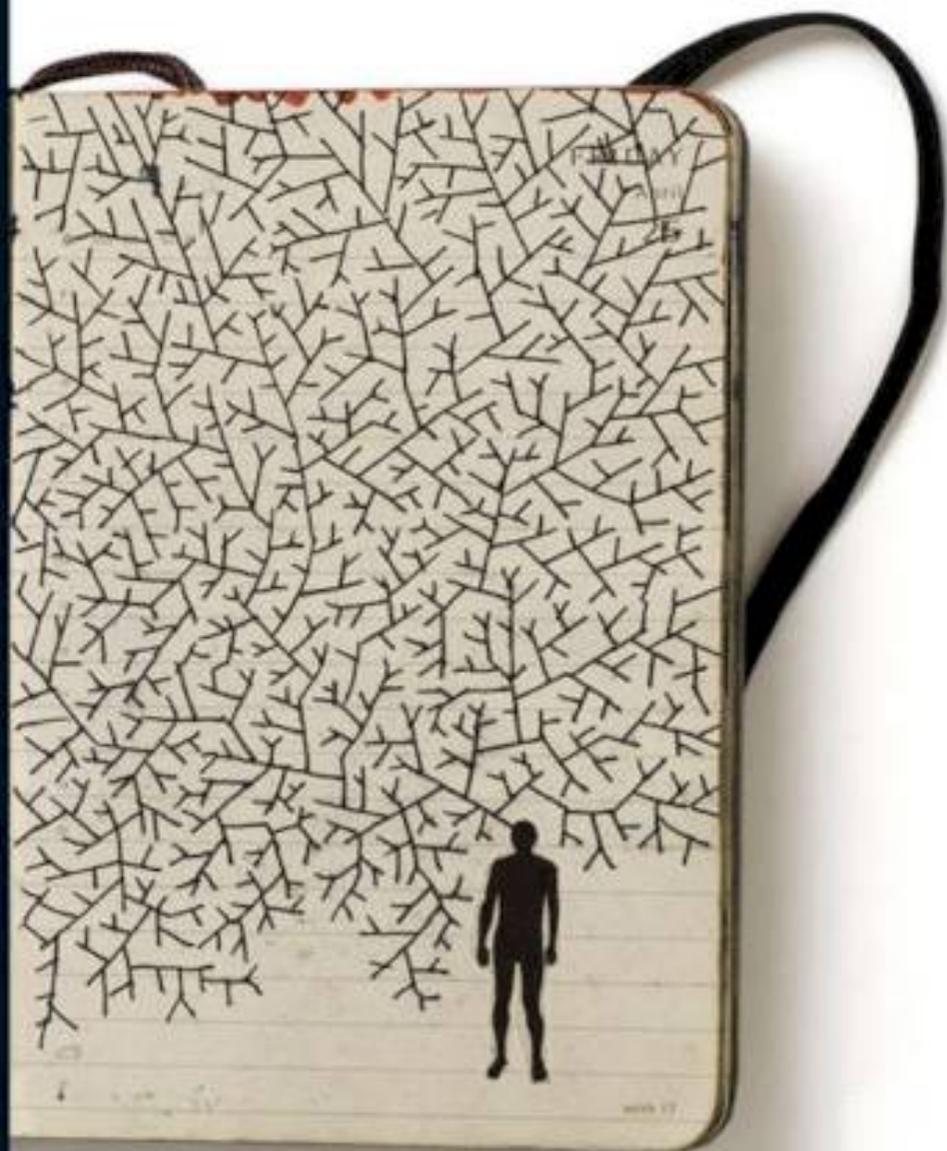


Paul Theroux

El Tao del viajero

Traducción
Ezequiel Martínez Llorente



Paul Theroux celebra cincuenta años de viajar por el mundo y reúne lo mejor de su obra y los pasajes más memorables de aquellos autores que lo han formado como lector y viajero: Vladimir Nabokov, Samuel Johnson, Evelyn Waugh, Charles Dickens, Mark Twain, Ernest Hemingway, Graham Greene y D. H. Lawrence entre otros se dan cita en estas páginas. Guía filosófica y libro de viajes a la vez, *El Tao del viajero* es una obra para regalar y atesorar, para leer una y otra vez, como libro de cabecera que marca el camino espiritual del viajero que todos llevamos dentro.

Prólogo

La importancia del otro lugar

De niño, cuando anhelaba marcharme muy lejos de casa, la imagen que tenía en mi cabeza era la de la escapada: mi menuda silueta partiendo a buen paso. En mi mente no aparecía la palabra «viaje», tampoco «transformación», mi perdurable deseo nunca expresado. Quería hallar una nueva personalidad en un escenario distante, y otras cosas diferentes que ocuparan mi tiempo. La importancia de ese otro lugar se convirtió en una cuestión de fe. Era el sitio en el que quería estar. Demasiado joven para partir, leía sobre esos lugares lejanos, y fantaseaba sobre mi libertad. Los libros fueron mi camino. Y luego, cuando tuve edad suficiente para marcharme, los caminos que recorrí se convirtieron en el tema obsesivo de mis propios libros. Con el tiempo, descubrí que los viajeros más entusiastas habían sido también lectores y escritores entusiastas. Y así es como este libro empezó a tomar forma.

Considero el deseo de viajar una cualidad intrínsecamente humana: las ganas de movimiento, para satisfacer tu curiosidad o apacentar tus temores; para cambiar tus circunstancias vitales y transformarte en un forastero; para hacer un amigo; para apreciar un paisaje exótico; para aventurarte en lo desconocido; o para dejar testimonio de las repercusiones, trágicas o cómicas, del narcisismo de las pequeñas diferencias que sugestionan a algunos. Chéjov dijo: «Si te asusta la soledad, no te cases». Y asimismo podría

decirse: si te asusta la soledad, no viajes. Los libros sobre viajes muestran los efectos de la soledad, en ocasiones lamentables, las más de las veces enriquecedores, aquí y allá sorprendentemente espirituales.

Durante mi vida trotamundos, se me ha hecho con frecuencia la siguiente pregunta, tan exasperante como simplificada: «¿Cuál es su libro de viajes favorito?». ¿Cómo responder a algo así? Me he pasado casi cincuenta años en ruta, y desde hace más de cuarenta escribo sobre esos viajes. Uno de los primeros libros que mi padre me leyó para dormirme fue *Donn Fendler: Lost on a Mountain in Maine*. Este relato supuestamente verídico de la década de los treinta está protagonizado por un niño de doce años que sobrevivió ocho días solo en el monte Katahdin. Donn lo pasó mal, pero consiguió salir vivo de los bosques de Maine. El libro me enseñó unas cuantas tácticas de supervivencia en un medio salvaje, como la muy básica: «Al seguir un río o un arroyo, hazlo siempre en la dirección del agua». Desde entonces he leído muchos libros de viajes, y he cubierto travesías por todos los continentes exceptuando la Antártida, de las que he dejado constancia en ocho libros y cientos de reportajes. Pensar en el pequeño Donn saliendo sano y salvo de esas cumbres siempre ha sido una fuente de inspiración para mí.

La literatura viajera es la más antigua del mundo; el relato que el nómada comparte con la gente convocada alrededor del fuego tras su regreso. «Esto es lo que vi»: noticias del mundo exterior, con lo raro, lo extraño o lo chocante, y con cuentos sobre bestias u otras gentes. «¡Son iguales que nosotros!» o «¡No se nos parecen en nada!». El relato del viajero está en la esencia del reportaje. Y en el origen de la ficción narrativa, puesto que el viajero animaba a una audiencia somnolienta con detalles inventados que adornaban sus vicisitudes. Así se escribió la primera novela en inglés. Daniel Defoe basó *Robinson Crusoe* en las vivencias del naufrago Alexander Selkirk, aunque amplificó la

anécdota, y así los cuatro años y medio que Selkirk pasó en una isla perdida del Pacífico se transformaron en veintiocho en una isla del Caribe, y aparecieron Viernes y los caníbales, y también una buena dosis de exotismo tropical.

La intención del cuentacuentos es mantener el brillo en los ojos del público con un relato fascinante. Mi idealizada visión del escritor de viajes se corresponde con lo que declama el fantasma del padre de Hamlet en estas líneas del comienzo de la obra:

Podría contarte una historia cuya palabra más ligera devastaría tu alma, helaría tu sangre joven y haría que los ojos se te saltaran de las órbitas como estrellas, y tus rizos se anudarían y desanudarían, y cada uno de tus cabellos se pondría de punta.

No obstante, la mayor parte de estos relatos resultan anecdóticos, divertidos, instructivos, grotescos, presuntuosos, paródicamente heroicos, espeluznantes (en ocasiones) o son avisos a curiosos, cuando no patean caminos trillados sin ofrecer nada insólito. En el mejor de los casos, presentan el viaje en su faceta más humana.

En el curso de mi vida itinerante, el viaje ha cambiado, no sólo en cuanto a la velocidad y la eficiencia, sino también por las alteraciones en las circunstancias del mundo, ahora interconectado y conocido prácticamente en su totalidad. La presunción omnisciente generada por Internet ha hecho creer arrogantemente que, a la hora de viajar, el esfuerzo físico es superfluo. Y, sin embargo, existen muchas partes del mundo tan ignotas como atractivas. Yo aún conocí la época en que algunas zonas le ofrecían al viajero la misma sensación de primicia que experimentaron Colón o Crusoe.

Como un adulto que ha viajado solo por lugares aislados y remotos, he aprendido mucho sobre el mundo y sobre mí mismo: la extrañeza, la dicha, la liberación y la verdad del viaje, el modo en que la soledad —una prueba

muy dura en casa— es la condición del viajero. Pero en el viaje, como dejó dicho Philip Larkin en su poema «La importancia del otro lugar», lo extraño cobra sentido.

Viajar en sueños, según Freud, simbolizaba la muerte. El tránsito —un tanteo en lo desconocido— puede ser arriesgado, hasta fatal, fue la conclusión natural a la que llegó el psiquiatra austriaco, puesto que él, según su propio diagnóstico, sufría de *Reiseangst*, «ansiedad frente al viaje». Freud tenía tal pavor a perder el tren que se presentaba en las estaciones con dos horas de antelación, y cuando la máquina aparecía por el andén, solía entrar en pánico. En *Conferencias de introducción al psicoanálisis* dejó dicho: «En los sueños el morir se sustituye por la marcha, por un viaje en tren».

No puedo decir que yo haya experimentado lo mismo: asocio mis travesías más felices con estar sentado en un tren. Algún trayecto más que una prueba es una molestia, pero el viaje siempre desafía a la mente, e incluso cuando se pasan más dificultades, puede ser alumbrador.

La dicha del viaje, y de leer sobre el tema, constituye el meollo de esta antología... con un hueco tal vez para la amargura también —aunque hasta las penurias recordadas pueden suscitar una nostalgia lírica—. Mientras releía algunos de los libros citados aquí, me hacía cargo de sus anacronismos y de la importancia de su valor histórico-documental: los dramas y también el romanticismo de un tiempo pretérito. Y, sin embargo, la vieja novedad del viaje se clausuró hace bien poco...

Este libro de hallazgos, una destilación de las visiones y los goces de los viajeros, con observaciones propias y ajenas, se apoya en muchas décadas de lecturas de libros de viajes y de excursiones por el mundo. También se pretende que sea una guía, un manual, una miscelánea, un vademécum, una lista de lecturas, una reminiscencia... Y debido a que el concepto de viaje sirve a menudo como metáfora de la vida, muchos viajeros, al proponer una sencilla definición

de la travesía, han escrito algo accidentalmente filosófico, o incluso metafísico. Siguiendo el dicho de Buda, «No puedes transitar el camino hasta haberte convertido tú mismo en la senda». Espero que esta antología muestre, entretanto habla de viajes, modos diferentes de vivir y de pensar.

1

Una síntesis del viaje

La necesidad de moverse

Te sobreviene una absoluta necesidad de moverte. Y, aún más, de ponerte en marcha en una dirección determinada. Una doble necesidad por lo tanto: moverte y saber adónde.

D. H. Lawrence, *El mar y Cerdeña* (1921)

La nostalgia del hogar es un sentimiento del que muchos saben y se quejan; yo, por el contrario, sufro de un dolor menos conocido, y su nombre es «nostalgia del afuera». Cuando la nieve se derrite, las cigüeñas llegan y los primeros barcos de vapor zarpan, me asalta la punzante comezón de partir.

Hans Christian Andersen, carta de 1856,
incluida en *Hans Christian Andersen*,
de Jens Andersen (2005)

El camino es vida

Nuestras maltratadas maletas se amontonaban sobre la acera de nuevo; nos quedaban largos caminos por recorrer. Pero no importa, el camino es vida.

Jack Kerouac, *En el camino* (1958)

Lanzar la mirada desde la llanura rocosa a la carretera que queda detrás, y que le ha conducido a uno hasta ese sitio, no es lo mismo que andar por esa misma carretera; la perspectiva, para empezar, sólo cambia mientras uno se desplaza; sólo cuando la carretera ha virado, descendido o ascendido, repentina y traicioneramente, y con una rotundidad que no admite réplica, uno es capaz de ver todo lo que sería invisible desde cualquier otro punto.

James Baldwin, *Ve y dilo en la montaña* (1953)

Te marchas por una larga temporada y retornas siendo otra persona: uno nunca completa del todo el camino de vuelta.

El safari de la estrella negra

Una parte dolorosa del viaje, la más emotiva para mí en muchos sentidos, es el espectáculo de la gente que sigue con sus vidas ordinarias: en especial personas en el trabajo o con sus familias; o las que visten uniforme, cargan con su equipo, compran la comida o pagan facturas.

Las columnas de Hércules

El viaje es un estado mental. No tiene nada que ver con lo existencial o lo exótico. Supone casi en su totalidad una experiencia interior.

Fresh Air Fiend

El ensueño exótico, no siempre extravagante, es un anhelo de lo que nos falta, de lo que ansiamos. Y en el mundo de lo exótico, que siempre es uno viejo poblado por jóvenes o por personas sin edad, el tiempo permanece inmóvil.

Sunrise with Seamonsters

A veces lo propio del viaje es convertirse en su opuesto: giras y giras, y frenas en seco en mitad de ninguna parte. Más que tomar una decisión consciente, simplemente dejas de girar.

Tren fantasma a la Estrella de Oriente

Aparte de otras cosas, el viaje también supone una ocasión para soñar y recordar. Te sientas en un paraje desconocido y acuden a ti todas esas personas que te han tratado mal. Tienes pesadillas en camas ajenas. Recuerdas episodios en los que no habías pensado en años y que, de no haber sido por el estrépito de la calle o el fuerte olor a jazmines, tal vez habrías olvidado.

Fresh Air Fiend

Porque el viaje es a menudo un placer triste, con un elemento masoquista, la llegada a lugares lóbregos y pintorescamente atroces supone uno de los gozos del viajero.

Las columnas de Hércules

En los viajes, como en otras muchas experiencias de la vida, suele bastar con la primera vez.

Las columnas de Hércules

En los viajes, encuentras a personas que tratan de aferrarse a ti, que te tutelan como unos padres y que te critican. Otro de los placeres de la vida itinerante es poder darte la vuelta y marcharte sin ofrecer ninguna explicación.

The Kingdom by the Sea

El viaje es fuga y búsqueda a partes iguales.

El gran bazar del ferrocarril

Todo viaje es circular [...] Después de todo, un *grand tour* no es más que la manera de regresar a casa del hombre de genio.

El gran bazar del ferrocarril

Es casi ya un axioma: en cuanto un sitio se gana la reputación de paradisiaco, se va al diablo.

Las islas felices de Oceanía

Nunca nadie ha descrito el lugar al que acabo de llegar: ésta es la emoción que me impulsa a viajar. Y una de las mejores razones para ir a cualquier lado.

Las columnas de Hércules

Entre las razones ocultas para viajar, una de las principales tal vez sea encontrar escenarios que valgan de ejemplo para los que albergaron nuestras mayores alegrías. La búsqueda de versiones idealizadas del hogar: en realidad, la búsqueda del recuerdo perfecto.

Fresh Air Fiend

Cuando algún desconocido me preguntaba adónde me dirigía, a menudo contestaba: «A ninguna parte». La inconcreción puede convertirse en una costumbre, y el viaje en una forma de ociosidad.

El viejo Expreso de la Patagonia

El viaje mantiene la mágica promesa de la reinención: que accedas al lugar de tu preferencia, para comenzar una nueva vida y no regresar nunca.

Tren fantasma a la Estrella de Oriente

Uno de los engaños más felices y útiles sobre el viaje es que uno se encuentra en pos de algo.

Tren fantasma a la Estrella de Oriente

Había llegado al Bajo Egipto y me dirigía al sur con mi habitual ánimo viajero: a la espera de lo pintoresco, anticipando penurias y preparado para cualquier desastre. La felicidad estaba descartada, pues aunque deseable, en los viajes es un tema baladí; por todo ello, África parecía el lugar perfecto para una larga travesía.

El safari de la estrella negra

La invención viajera coincide con la idea de Jorge Luis Borges sobre que «todo sucede por primera vez» en nuestros encuentros con el mundo, que tan bellamente recorre su poema «La dicha». Al igual que «el que abraza a una mujer es Adán», y «el que prende un fósforo en lo oscuro está inventando el fuego», quienquiera que aviste la esfinge la estrena con su mirada: «En el desierto vi la joven esfinge, que acaban de labrar [...] Todo ocurre por primera vez, pero de un modo eterno».

El safari de la estrella negra

Viajar es uno de los placeres más tristes de la vida.

Madame de Staël, *Corinne o Italia* (1807)

Dos paradojas del viaje

No deja de ser una reacción curiosa, la de esta nostalgia del hogar. Se corresponde con un rasgo nacional estadounidense, tan innato en nosotros como la montaña rusa o la máquina de discos. No se reduce a una añoranza del sitio que nos vio nacer. La emoción es bifronte como Jano: estamos escindidos entre la nostalgia de lo familiar y una pulsión hacia lo extranjero y extraño. La mitad de las veces, nos embarga la nostalgia por sitios en los que nunca hemos estado.

Carson McCullers, «Look Homeward, Americans», *Vogue* (1940)

En mayor o menor grado, dos fuerzas libran una batalla dentro de cada persona: el anhelo de intimidad y la pulsión de ir a otros lugares. Por un lado, la introversión, esto es, un interés dirigido hacia el interior de uno, hacia la vida introspectiva, con pensamientos y fantasías de gran arraigo; y por otro, la extroversión, un interés enfocado hacia fuera, hacia el mundo exterior de gente y valores tangibles.

Vladimir Nabokov, *Lecciones de literatura rusa* (1981)